EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLI — DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA — NÚM. 11926

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península —Un mes, 2 ptas —Tres meses, 6 id —Extranjero —Tres meses, 11'25 id— La suscripcion se contará desde 1.° y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administracion

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

MARTES 13 DE AGOSTO DE 1901

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

GRAN FÁBRICA DE LUNAS

y depósito de cristales,

molduras, marcos y estampas

DE

JUAN SOLER E HIJO

Plaza de los Tres Reyes, 2. CARTAGENA.

Lunas en blanco de espejo biseladas y grabadas al ácido.—Vidrieras artísticas para Iglesias y salones.—Baldosas cristal para pisos.—Baldosillas para claraboyas.—Lunas de segunda plateadas.—Vidrios sencillos dobles, de color, muselinas, esmerilados, moldados, &. &.

PRECIOS REDUCIDOS

PÍDANSE TARIFAS

Se platean lunas deterioradas

Buen ministro

Ocurre con el conde de Romanones lo que ocurría inmediatamente después de la revolución de Septiembre con el entonces ministro de Fomento don Manuel Ruiz Zorrilla: era el único ministro revolucionario, como hoy es el señor Figueroa el único ministro reformista.

Pero qué ministro. Ninguno de sus compañeros le aventaja en el conocimiento de la materia que se trae entre manos, ni da pruebas de mayor actividad, ni fija la atencion general como la fija el ministro de que nos ocupamos.

El interés que su labor inspira, pone de manifiesto que ha sufrido alteración profunda nuestro modo de ser y de pensar, pues mientras antes se fijaba la atencion de España en el ministerio político de la Gobernacion, ahora es el que menos le preocupa y dedica atenciones preferentes á los que no concedió nunca grandísima importancia.

Verdad es que en pocas ocasiones hicieron los ministros cosas verdaderamente notables cual las que ahora ocupan al ministro de Instruccion; y si éste no hiciera lo que hace, permaneceria olvidado como sus compañeros.

Nadie piensa en el marqués de Teverga aunque dicen que se ocupa en hacer las reformas de la ley electoral y el jurado. Los españoles saben á qué atenerse en cuanto á aquélla, y con respecto á ésta resultó al practicarla tan deficiente, que en vez de garantir la honra y la libertad del ciudadano, es callejon de escape para los criminales que caen en poder de la justicia.

Del señor Villanueva nadie se ocupa; encastillado en su ministerio de Agricultura, Industria, Comercio y Obras públicas, no se tiene noticia de que esté realizando nada que merezca mencion. Cuando mas interviene en la reorganizacion de los servicios, pero no tiene en proyecto ni un pantano ni un canal de riego ni nada en fin de lo que corresponde á su departamento ministerial.

El general Weyler es verdad que se mueve bastante ocupándose de la defensa de la nacion; pero sus enemigos lo han denunciado como un ser provisto de desmedidas ambiciones, y hay quien muestra recelos de que de la noche á la mañana se erija en dictador.

El de Veragua parece que hace algo y nada hace. Entretenido con los barquichuelos que nos han quedado después del desastre, se ha dedicado á hacer con ellos una escuadra, para probar á las gentes de allende las fronteras y á los de aquí también, que, sirvan ó no sirvan, aun tenemos barcos. Y en los ratos que le deja libre ese entretenimiento inocente, se ocupa en daño de los arsenales, poniendo de mal humor á las maestranzas de los mismos.

El de Estado se esta como Quezada; no sube ni baja, ni tampoco goza de quietud. Ministro de jornada, harto tiene que hacer conversando con los periodistas, para deshacer las noticias de conflictos internacionales, sobre todo las que corren respecto á Gibraltar.

Del señor Urzaiz *liberanos domine*. Ese si trabaja, pero es ocultamente, en el fondo de su despacho, ora echando por tierra los conciertos mineros, ora invocando al marqués de Pozo Rubio para que le inspire el mejor procedimiento de acabar de un solo golpe con el contribuyente. Como su trabajo lo hace en comandita, poniendo él el material y Villaverde las ideas, no tiene el caracter de lo extraordinario ni llama la atencion. Además, nadie tiene empeño en saber lo que hace el ministro de Hacienda, porque no hay prisa de saber de qué mal hemos de morir.

El único ministro que se mueve con fruto, porque tiene su plan y caracter para plantearlo, es el de Instruccion pública. Llegado al poder con una suma de conocimientos que le acreditan de gobernante experimentado y profundo, desde el dia siguiente se dedicó al replanteo del edificio que va á levantar. Sin perder un instante abrió los cimientos y ahí está el conde de Romanones, ministro verdaderamente regenerador, que se ha empeñado en que la enseñanza sea cosa seria!

Con esto solo se hubiera acreditado el ministro; pero valiente como ninguno de los ministros de Fomento que ha tenido España, se ha empeñado en que el maestro de escuela deje de ser lo que han querido que fuera los alcaldes, y con un rasgo de energía que aplaude todo el mundo, trata de sacarlos de la aflictiva situacion en que se encuentran.

Y los sacará, que no es el conde de Romanones hombre que retrocede ante los obstáculos.

Ese es un ministro.

A él deberán los maestros de instruccion primaria la tranquilidad y consideracion que gozarán en adelante.

Y España le debera igualmente el haber andado un gran trayecto, tal vez el más difícil, en el camino de la regeneracion.

TIJERETAZOS

Dice «La Union Mercantil» que en el monte Parralejo, del término de Ronda se ha declarado un pequeño incendio que se extendió á siete hectáreas.

¡Setenta mil metros!

¿Cómo serán los incendios grandes para el cologá malagueño?

¿Como el globo terráqueo?

Dicen de Londres:

«Corren rumores en la Cámara de los Comunes de que la casa Rostchild de París ha consentido hacer un empréstito de 50 millones de francos á España, para gastos extraordinarios de Guerra y Marina.

El empréstito se hará con carcter privado, y será reembolsable á los tres años, presentando el gobierno español garantías especiales.»

Y decir que no [illegible] los demás!

Algo sacamos cuando tales [illegible] inventan los ingleses.

Por lo menos desempeñamos el papel de bé.

Luego, Dios dirá.

En las maniobras de la escuadra francesa hechas frente á Brest, un torpedero ha embestido á un crucero, resultando con averías los dos buques.

¿Quién decía que los torpederos no sirven para nada?

Sirven para eso.

Para levantar al vecino ó irse gallardamente á pique.

¡Una friolera!

Pregunta un periódico:

«¿Se retira Salisbury?»

Y contestan de Londres:

«Vuelve á hablarse con insistencia de que en breve abandonará la vida pública el marqués de Salisbury, actual presidente del Consejo de Ministros.»

Vayá con Dios el de las naciones moribundas.

Pero si le ha de suceder en la jefatura del Gobierno Mr. Chamberlain, más vale que se quede.

La humanidad ganará mucho en ello é Inglaterra tambien ganará.

Reformas en la enseñanza

El proyecto de reformas en la enseñanza aprobado en el Consejo último, no se remitirá á la firma de la Reina hasta el miércoles próximo.

Dichas reformas se inspiran en dos propósitos y persiguen los siguientes fines: robustecer la segunda enseñanza, extender el horizonte de las profesiones á que la juventud puede extender sus actividades y suprimir las clases que dentro de la enseñanza existen y la consideracion distinta que gozan los que estudian en unos ú otros establecimientos.

A los profesores se les aumenta el sueldo de un modo considerable y se suprimen en cambio los derechos de exámenes. Las clases no pueden exceder de 150 alumnos; si hubiese más, el catedrático queda obligado

otra cosa, y la intriga conducida con tanta astucia era una prueba indiscutible de que su autor hubiera sido capaz, con el concurso de circunstancias favorables, de sostener un papel mucho más importante.

El alcaide, que se hallaba pronto á desembolsar por entero el precio de ochocientos rublos para obtener el cambio de su hijo, aceptó de buenas á primeras el plan, tanto más cuando Wolzikiewickz, tan discreto como genial, no pretendió, para todo el negocio, más que 25 rublos para sí.

Debe tenerse sin embargo en cuenta que el señor Zolzikiewickz no aceptó esta suma por avidez de dinero, así como que tampoco por avaricia compartía los productos de la chuchería con Burak, porque es tan bueno que se sepa que el escribano era deudor de una pequeña suma al sastre Grul que tenía en la capital del distrito una bien provista sastrería, donde podía hallarse lo más puramente parisién.

¿Pero por qué, me preguntarán los lectores, el señor Zolzikiewickz, quería vestir con tanto [illegible] y elegancia? Responderé que por un lado, procedía así naturalmente de su exquisito sentido estético; pero por otra parte, había un motivo de mucha mayor importancia.

El señor Zolzikiewicks amaba, pero no como podría amar, á la mujer del Rampa. Pero dirá, cuestia, aquí un español á sí mismo cierta vez «sólo un poquño apetito», y nada más, y era capaz, nuestro héroe, de experimentar muchos más altos y delicados sentimientos. Adivinarán fácilmente, si no los lectores, seguramente las lectoras, que el objeto de tan exquisito sentimiento no podía ser otra mujer más que la señorita Jadwiga Skorabiewski. Más de una vez, cuando la argentada luna, subia en el firmamento, el romántico escribano tomaba el acordeón, que lo tocaba á la perfeccion; se sentaba sobre la hierba delante de su casita, con los ojos fijos en el vecino palacio de los Skorabiewski, y cantaba en voz baja, acompañado por la vox melancólica y un poco desafinada del instrumento, agujereado por todas partes:

Todo el dia en ti pienso, y te amo tanto,
que, lejos de tu lado, me ahoga el llanto;
por la noche suspiro, dulce amor,
y el corazón se muere de dolor.

La voz se esparcía en el poético silencio de la

El infeliz se martirizaba, puede decirse, para llamar la atencion de la jóven hácia sí; ya podía corbatas de colores deslumbradores, ó vestía unos pantalones con fabulosas rayas blancas y grises, y entonces pensaba siempre: «Ahora, indudablemente, su mirada se posará en mí». El mismo Grul, su sastre, cada vez que le traía un vestido nuevo, jamás se olvidaba de decirle:

«Con unos calzones como estos, se puede muy bien, y dispense, aspirar al amor de una condesita.»

Todo inútil. El negaba para la [illegible] la señorita Jadwiga entraba en la iglesia, orgullosa, [illegible], como una reina virgen; [illegible] de su vestido, se sentaba á la mesa, dobla el cubierto con sus deditos ataviados, y no se dignaba [illegible] al escribano ni con la mirada menos [illegible].

—¡Pero esta no comprende esta obra de [illegible]...—exclamaba entre sí el señor Zolzikiewickz, lleno de desesperacion.

Pero no perdía la esperanza.

—¡Si á lo menos pudiera llegar á subinspector!—pensaba.—Estos siempre tienen algo que hacer con las señoras. Una vez subinspector, no faltará una que un paso para ser inspector, y entonces se [illegible] coches, y con toda [illegible] para [illegible] la mano, por debajo de la mesa, de una señorita cualquiera.